

Chile a nuestros consejos hipócritas i la que ha dado el Perú a nuestros torpes demostros debe haber llegado ya a nuestros oídos como un fulgido rojo, que sin embargo, no alcanzara a curiosear vuestra mejilla.

Ni Chile ha solicitado jamás, ni necesita, ahora ménos que nunca, de la alianza, ni de la amistad de los gobiernos del Plata, que no tardarían en sufrir el destino de todos los malos gobiernos, el desprecio de los pueblos. Lo que siente Chile, i no por sí mismo, dispuesto como está con una resolución inquebrantable a consummar el último sacrificio en aras de la causa que representa, lo que contiene verdaderamente su corazón, es que los pueblos argentino i oriental cuyos simpatías nos pertenecen, habiéndonos abandonado en la hora de la prueba, por culpa de sus gobiernos, no tengamos derecho en la hora del triunfo a ventosear a nuestro lado en el gran banquete en que la América toda, grande i unida como los Andes, celebre su completa emancipación moral i material, del viejo orden de cosas en que las rapinas dan gloria i las infamias grandeza, haciendo comprender a las naciones monarcas que hai algo en la vida de la humanidad que vale mas que el número de buques i cañones, i que algo es la conciencia de la dignidad del ser.

Ese día, que no está distante, mientras nosotros entonamos cánticos de gloria al Dios de la libertad i del progreso, vosotros, robados de desprecio, sufriréis el tremendo suplicio a que el Dante condenaba a los egoístas: *Mirados i pasad!*

Anverso i reverso.

Mientras que la España cuenta por aliados en la guerra de ladrones que hace a Chile, con los gobiernos del Rio de la Plata, gobiernos que en bien poca cosa pueden favorecer a la causa española, porque lo que España necesita sobre todo i ante todo es dinero, i eso, Dios lo dé, a los gobiernos argentino i oriental.—Chile que no ha solicitado el auxilio de nadie al aceptar la lucha, ve que cada día se estiendo el campo de sus operaciones i de sus recursos, mediante las simpatías que en todas partes ha inspirado su causa.

Chile entra en la guerra sin aliados, sin buques, sin recursos, ni organización militar, i esperándolo todo de su buen derecho i de su brazo.

La España venia entosismamente praviendo, disfrazada bajo la máscara, para ella mas vistosa que para nadie, de una comisión científica, para sorprender a poblada de praxenidos o inofensos. Mediante este disíez, al principio, i merced a la confusión despues, logró de esa manera reunir en el Pucón la escuadra que los países ménos, los buques que ha perdido i los que le han quitado.

Una hora de buena suerte que le procuró la tracción de Pérez pudo, a la postre, hasta ahora sostener a flote su escuadra: mas el tiempo es largo, los *cañotes de boca de Pareja* se suceden unos a otros con una desahogada monotonia. Las tripulaciones carecen de víveres, de salud i de rigor físico por consiguiente. En cuanto a vigor moral, nada mas apropiado para destruir que la inacción de una campaña de dos años en que los Quijotes de Ultramar no han disparado un tiro sino contra poblaciones inofensivas, i la única vez que ha encontrado con un buque de guerra, se vieron obligados a acrisar su bandera ante el triunfo repulicario.

Después del buen éxito momentáneo del Pucón, por la España, como antes de sembrar la ventura, contar con el apoyo de algunos aliados, es decir, de algunas acciones decisivas que, negociadas al fin, a riesgo de perderlo todo, le ofrecieran recursos para la empresa, con la esperanza de salvar alguna parte de sus créditos.

Pudo también contar con las fuerzas del Perú que le proporcionara su aliado Pérez, con los buques católicas para sus navios i buques-puntos de refresco para sus tripulaciones.

Pudo contar con que el éxito que, trasfórtese la chispa así a los individuos como a los gobiernos, los procuraría algunos amigos entre las vejas i podridas dinastías católicas que andan a cruz de algunos muelles farragos en pórticos para trono de sus vestalagos. La España se hizo por su dios con obtener el trono de buena a cualquier otro archiducado en disponibilidad, mediante el pago de algunos millones que la servirían para salir de apuros por el momento i para emprender nuevas aventuras. Dios sabe para que otro archiducado de ahora tenía allá en sus mentes la España destinada a Chile.

Pudo también contar con que, ducida de Santo Domingo, por la *voluntad nacional* i por la *gracia de la tracción* toda tenía que tener de sus posesiones de las Antillas, estando además los Estados Unidos envueltos en una guerra sangrienta,

que no podria conducirlas a otro fin que a su inevitable ruina.

Pudo al mismo tiempo alimentar la ilusión de que, consiguiera al trono de Maximiliano en México, también mediante la *voluntad nacional* i la *gracia de la tracción*, consiguiendo igualmente con la misma movilidad de los Estados Unidos, entraria la España a negociar a medias con la Francia sus antiguas posesiones en la América central.

Pudo contar... pero ¿con qué no contar con Quijote, i con qué no contar con las imaginaciones enfemen i los cerebros trastornados?

Bajo tales auspicios iniciaba, pues, sus campañas en el Pacífico, i como hemos dicho, el éxito momentáneo obtenido en el Perú no hizo mas que dar fuerza i consistencia a la posible realización de sus sueños dorados. Si no le ocurrió decretar desde luego la *Victoria* como al presidente Maza en la guerra contra el Paraguay, fué simplemente porque era inútil, no confesando nunca, ni estando dispuesta jamás la España a confesar sus derrotas que en América i en Europa podría, después de paso, contarse por los días del calendario.

Pero que derrotas, ni que descalabros, ni que revés, ni que perenne, ni que incidente desgraciado siquiera, era posible, contando con tales elementos como aliados i protectores de su empresa?

Después, la España que nunca sabe lo que le sucede, i que por una costumbre había costado en arreglar amigablemente sus diferencias con Chile, arreglo que alguna vez apreciaron en su justo valor, la España recibirá un despacho de su almirante en estas maras, en que le decia: *Bumped* todo lo hecho, que las circunstancias son propias, i yo os respondo en un cuarto de hora de estos malandrines i follones.

La España obediente, como tal se ostigaba ignorante que no tiene la conciencia de sus actos, haciéndole la letra lo que se le decia, nambulaba etc. etc. la historia i la saben nuestros lectores.

Pero en tres i venires, en preparativos i en consultas, para rápido el tiempo, i con él mas rápidamente aun se desarrollan los sucesos.

A una nubecilla que apareció en el horizonte i que se creyó como un matiz dado a la monotonía del cielo, siguió otra, i otra, i otra, i la España entredañada en los maliciosos, no se apercebía de que ellos podrian ser los precursores de la tormenta.

La primera dificultad que se suscitara parece que fué de parte de los acreedores

que no alcanzaron a percibir ni el uno ni el otro a cuenta del primer robo de las tres millones hecha al Perú, i que habia estropeado su cobro en tanto grado, que ya no se acordaba de tres sino de ochenta. La verdad es que, del paradero de dichos tres millones nada se sabe aun a punto fijo. Se presume que algo haya tocado a la Patrocinio que contribuya tanto con sus oraciones para ganarlos, porque aquello fué cosa de milagro. Pero lo cierto es tambien que, ni el Erario español, ni sus acreedores alcanzaron un centavo. De consiguiente, no habia que contar con nada por ese lado.

Poco despues otra dificultad. Las cosas de Santo Domingo fueron tan mal como las de los Estados Unidos. La Patrocinio ha caído en desgracia del cielo que no escucha ya sus plegarias, sin duda porque era asunto de herejes, i no habia supercheria posible contra esos demonios. De aliado de ménos, porque ya no hai que contarla segura con las futuras adquisiciones en Centro América. Los yankees pacíficos, pero inquietos siempre i turbulentos, principian a mirar, a falta de confederados, alternativamente a Méjico i a Cuba, como escogiendo un teatro en que celebrar el último episodio de la guerra civil i el coronamiento del triunfo.

No es, pues, ya posible pensar en engrandecimientos territoriales, ni en oferta de tronos a las dinastías disponibles. Otro negocio de ménos, i otro elemento aliado que se evapora.

De resignación en resignación, la España habrá convenido de buena gana en quedar dentro i señora del Perú i en espotarlo por su cuenta; pero el Perú parece seguir la corriente de los sucesos, i la revolución triunfante le arranca junto con el último aliado, la última esperanza en la campaña contra Chile....

¡Aquí el cambiarse al reverso la medalla i en torcerse en desolación las risueñas i alegres esperanzas!

La España se encuentra en el vacío. Los puertos aliados del Perú para que salieran sus navios no volvían a abrirse para que entren de nuevo en ellos.

Lo único que alcanza a ver clara en los horizontes es la figura imponente i resaca de Chile respondiendo a balazos a sus intimaciones.

Mas de Chile, los pueblos del Perú que se levantan contra él, pidiéndole cuenta de su honor i de su oño.

Los pueblos del Ecuador que se levantan pidiéndole cuenta de las humillaciones inferidas.

Los pueblos de Colombia que se levantan preguntándole por los pasaportes con

FOLLETTIN.

UN CHASCO.

Le asesinaron en la misma esquina de la casa en que está Ud. alojado.

—Peró... ¿cómo?

—Del cómo solo se sabe que a puñaladas, porque bien se vieron ellas al examinar su cadáver. Tenia tres heridas mortales: la mas espantosa era en la espalda.

—¿Qué heridas?

—Recordo bien, dijo un tercero, que el día que amaneció asesinado el pobre, me hicieron madurar las mujeres de casa para que saliese a traerles pormenores de aquel triste suceso. Al parecer se corraron mas de una cadera, pues algunas veinas declararon haber sido gñtas i tropel a media noche, hora en que el huaco se retiró de la tertulia ganando algunas pesas. El infeliz fué completamente desmembrado despues de muerto; pero ni en su cuerpo dejaron sus asesinos.

—¡Cosa horrible! Felizmente han pasado esos tiempos en que estaban hombres por aquí tan lista i flacamente como en mi país se pide una limosna. Aunque recién llegado, pienso conocer bastante este pueblo para creer que tem jentes delitas ya no se cometen.

—¿El crimen? A fe mia que se equivocó. Ahí está el señor que le contará lo que le sucedió no ha muchas noches.

—¿Cómo? ¿Quisieron asesinarle a Ud. tambien?

—No juraré que sí, ya que gracias a mis piernas, se me vi tan cerca de ellos que pude convencerme de sus intenciones. Pero tres hombres emboscados intentaron, hace hoy quince noches, detenerme en la calle. Al ver que se dirigian hacia mí, traté de rodearlos, di media vuelta i volé hasta entrar en la plaza pidiendo a gritos auxilio al cuerpo de guardia. Los disfrazados me persiguieron a carrera por mas de cuajera i media.

—¿Y qué pudo Ud. conseguir?

—¡Qué conseguirlos, hombre de Dios, si estaba la noche como ahora! no se veían las manos!

—¿Caramba...! ¿ni tampoco llevaba Ud. armas?

—Ninguna otra que las que me pusieron en salvo.

—Pues yo ni con esas cuento por ahora. Mis pistolas se han quedado en mi alojamiento: pañol no lo uso nunca: bastan con estoque no pueda cargarse andando uno de mujer i luego, mis piernas, jura a Vdes. que me salvarían en un caso semejante, lo mismo que la artillería gruesa a una división que marcha en retirada.

—Adonche, dijo el dueño de casa, me refirió a eso de la una, i en la esquina del estanco, dos mujeres muy lapadas i de estatura gigantea empezaron a ha-

mirar con esos sibilos que usan los machuchos para atraer los filgueros a sus traujas. El celo de una grata aventura la empujó a hacer un reconocimiento, pero el tamaño de aquellos bultos me hizo sospechar un *qué pro* que respecto a su sexo. Eché a andar mas que de prisa; los traidores sitetas venían tras de mí a tan desmesuradas traujas, que tomé entonces un valapies hasta llegar a casa sin aliento. Ayer amaneció un furado casi concluido en la esquina donde las mujeres...

—Vamos, eran hombres disfrazados, interrumpió el forastero. ¡Este pueblo es una olla de asados i de malhechores!

—Si le digo a Ud. que no es posible descabarse, sobre todo, en noches como esta. ¡Dij: Ud. como ojala el Norte!

—¡Claramente! Mas, debían empujarse Vds. porque se establecieron serenos. En Santiago es quizás donde hai mas brujas; i sin embargo, uno puede andar cerca recorriendo cualquier barrio de la ciudad, seguro de que el sereno de ese punto, i cuantos puedan oír un pito, se pondrán a su lado a las mas ligera aparición de un peligro. Aquí, por lo que digo, hai una inseguridad horrible, una policía abominable.

—Esa es una verdad como una torre. ¡Luego, estas noches oscuras i tempestuosas favorecen tanto a los ladrones en sus pesca! Se le dejan caer a Ud. la manera que la herida, el garrotazo o la feruz puñalada, son los primeros anuncios de encontrarse en medio de ellas.

II.

Conversando así, pasaban, algunos años há, una noche de invierno, en un amigo en un pueblecito del Sur. Era el sitio de la tertulia el cuarto de uno de los interlocutores, soltero la misma que su huéspedes, grandes aficionados todos ellos a lo que jenericamente se llama *colaciones*. Es fama que al alrededor de una mesa habían hablado aquella noche, antes de venir a parar a los sucesos ya referidos, de las buenas i malas reputaciones, de las niñas bonitas, de las viejas impertinentes, de los muchachos rebeldes, de los maridos de otro tiempo, i de cuanto había i no había en la poblacioncita, cuyo nombre me permitirá el lector dejar en silencio. Entre los tertulianos se hallaba un jóven forastero recién llegado a la villa, con el objeto de comprar en sus alrededores tinayos i carneros que, como es muy sabido, los produce el Sur de la República en abundancia i de calidad improporcionable.

Los sucesos que acabamos de oír le habían sobresaltado en gran manera: la noche estaba tan negra i borrascosa como suele andar allí el humor de los gobernantes; no tenia consigo arma alguna, i debia caminar seis cuajras lóbregas i llenas de lodo para llegar a su casa. Estas consideraciones le pasieron taciturno i reflexivo, mientras los demás seguian contando varias otras historias muy poco a propósito para tranquilizarle. En aquellos

que ha entrado al Pacifico i pidiéndole cuenta de sus fechorías.

Los pueblos de los Estados Unidos que a su turno hacen resonar en su oído esta clamación terrible de la opinion pública: «El deber de los Estados Unidos hacia Chile es muy sencillo. En primer lugar, no podemos permitir el establecimiento del bloqueo sobre el papel, ni sacrificar nuestros intereses comerciales para dejar a España rotar a mano armada algunos miserables millones para sus arcas vazias i surtidas. Tomando un punto mas elevado, no debemos permitir que una república hermana, i una que sobre todas las otras es mas acreedora a nuestra consideracion i apoyo, sea molestada i oprimida por una nacion no solo extranjera, sino celebre por sus bancarrotas i pobrísima de recursos.

«El comercio español no ofrece las ventajas mas ricas para empresas de corso.

«Pero será preciso contentarse con ellas mientras se presenta la oportunidad para algo mejor.»

En esta situacion de aislamiento en que se encuentra la España en América, nos congratulamos, a fuer de leales enemigos, de que el gobierno argentino i el gobierno oriental le tiendan su mano protectora, tan luego como hayan terminado su guerra militar al Paraguai.

Lo que se dice de España.

Desvergonzadamente, el *San Martín* hace escotes?

—Calla! no lo digas ni por broma... es papel cuyo lenguaje...

—Es el de la verdad pura i beta.

—No digo que no, antes desoasado pura, tan pura que...

—Oa hace rübertar, viejo zorro, eh?

—Hai cosas que no se deben decir, por que...

—Todas las cosas pueden decirse i deben decirse con tal solamente que sean la verdad.

—Pero hai verdad...

—Si, hai verdades que duelen, hai verdades que amargan, hai verdades que os serenan la cántis como un cláustico...

—Pero, si es así, gata que emplearlas?

—Con el mismo objeto con que el médico emplea el cáustico i otros medicamentos mas dardosos: para curar la enfermedad...

—Pero aqui no hai enfermos...

—Teneis razon; aqui no hai enfermos, lo que hai es jente que se hace enferma, i dolores que se hacen medicinas, i tonos que para ocultar su fealdad se cons-

truyen en *sonos serios*, familia poco conocida de los naturalistas, pero que entre nosotros va cubriendo como una epitelina, mediante las consideraciones que alcanzan los que a ella pertenecen.

—O, estas chateando...

—Ni palabra, os lo aseguro, i cuando os decia hace un momento que el *San Martín* hacia escotes, es porque me alegro infinita de que suceda así, i de que nos vayamos acostumbrando a llamar i a oír llamar las cosas por sus nombres.

—Hai nombres que repugnan...

—En todo caso, las cosas repugnan mas que los nombres...

—Es verdad, pero aquellos epitelios que el *San Martín* daba a la reina, siendo reina, *señora i mujer*, como dice con tanta razon M. P. son los epitelios que ha merecido de toda la prensa libre de todos los países civilizados.

—Si, de la prensa de taberna.

—Que siempre vale más que la prensa de sacrista, amigo Basilio, no os engañéis... ¿Queréis que os abra las discusiones del Parlamento Italiano, que no pueden llamarse prensa de taberna, como decís?

—¡Vah! demagogos, sin Dios, ni lei...

—I las del Parlamento ingles?

—Herjes.

—I las del Parlamento belga?

—Flourens católicos de la España...

—Envidiosos! Mil gracias en nombre de los Flamencos. No hai de qué...

—Citadme prensa seria que emplee ese lenguaje.

—Para vos, conténderis por prensa seria lo que yo llamo tonos serios? Buena la tendamos... Queréis leer un trozo del *Panché*?

—Puff! huele a alcohol...

—Del *Figaro*!

—Cosas de canalla.

—D i *Cherrier*?

—Cosas de estival!

—Pues precisamente, porque todo lo de España huele a alcohol, a taberna, a canalla, a carnaval, a jefa, es porque no se le puede llamar serio por su propio nombre, i no habiendo nombres decentes para cosas indecentes, he ahí porqué...

—D jehue en paz... me aturdís con vuestros chorrís... Adias...

—No, no os marcharéis, estafa de Basilio, sin que os haya leído un trozo de artículo serio de esos que os gustan.

—Acérbenos.

—Och! es un diario serio de *New York* el que habéis.

—Todo bien considerado, el gobierno español es probablemente el mas des-

preciable de cuantos existen sobre la faz de la tierra. No quebra i su crédito.

—sin embargo, ha podido probar, gracias a una induljencia equivocada de parte de los Estados Unidos, una existencia que ni es útil para la España, ni de estimacion alguna para el mundo en jeneral...

—I bien, qué tiene de particular todo eso?

—Escuchad, os ruego, continuó:

«Demasiado débil para hacer el bien, dado caso que tuviera la intencion de hacerlo, con una razon tan cobarde por su humoralidad como *Catrina de Rusia*...»

—Pero...

—Paciencia, och!

«o como la mas escrupulosa alcahueta de una casa de corrupción...»

—Eso es falso!

—Leed...

—No sé ingles...

—Escuchad, entonces:

«perdiendo sus principales recursos de la trata de esclavos, que tiene la obligacion, por tratados, de suprimir, tan pronto la por quebrant i un juramento como para repudiar una obligacion; este gobierno desprecia, impotente, díscolo, sienna, sin embargo, el decoro, la impudencia de vociferar sobre su honor, i ostentar unos cuantos lingües de guerra, por los cuales no ha pagado, en las agües del Pacifico, para vindicar su pretendida dignidad! El uso de su insultante arrogancia i su hastada ambicion en esos mares ha encontrado felizmente un alija repetitivo. Se ha embarcado en una guerra con Chile, cuyo resultado, la España misma subordina con el de su atentado a la independencia de Santo Domingo, advertido que no solo fué un fracaso, sino una vergüenza i una deshonra bochornosa.»

—I bien, ¿os parece serio?

—No lo sé, porque yo os lo dicho que no entiendo el inglés, i pedís haber leído...

—Lo que se me ha autajido ¿no es esto? Pero suponed que no lo he leído sino lo que está escrito —lo juzgáis serio?

—No.

—Por qué no?

—Porque si fuera serio, mucho tiempo ha que lo hubiera publicado el *Independiente*. ¿Qué tenéis que decir a eso?

—Que tenéis razon. Luego admitís que, como os decia al principio, el *San Martín* hacia escotes, i que los diarios de todo el mundo i muchas otras partes no tratan mejor que aquel a la reina i al gobierno de España?

— Prefiera admitir eso que no la seriedad de esas calomnias nocivas.

I dando vuelta la espalda nuestra tanto serio, se fué por esos mundos diciendo a quien queria oírle que tenia pruebas para asegurar que no han estado sino del *San Martín* todos los insultos, calumnias, diatribas que se han dicho i se dirán contra el honor de *Su Majestad la reina, señora i mujer* de todos los españoles.

AVISOS.

POR LA MUERTE DE PAREJA.

El traslado de mi cigarrería de la calle del Arroyo, número 8 al número 5 1/2 de la misma calle, al costado de la ferreteria del señor Figueroa; en donde siempre se encontrará un completo surtido de cigarras de superior calidad i para todos gustos.

Valparaiso diciembre 28 de 1865.

Andrés Vols.

Diciembre 30. —5 v. p.

SE NECESITA

un departamento amueblado, compuesto de dos piezas, con servicio, gas i agua, entre la plazuela de la Intendencia i la plaza del Orden. El que se interese ocurra a esta imprenta donde se dará razon.

Diciembre 14—5 v. e.

WANTED.

A furnished apartment to let: including a sitting room and a sleeping room, between the Plazuela de la Intendencia, and the plaza del Orden. Service, gas, and water, included. Apply to this Printing Office where notice is given.

Diciembre 14—5 v. e.

ON A BESOIN.

D'un appartement garni à louer, ayant un salon et une chambre à coucher, entre la plazuela de la Intendencia et la plaza del Orden. On donne des informations au bureau de cette imprimerie.

Diciembre 14—5 v. e.

momentos recorrió, mas vivamente que nunca, lo que desde su infancia habia oído sobre los muchos malvados i bandidos del país que pisaba, del país de los pelacuras.

De buena gana quisiera quedarse a pasar allí la noche o suplicar a alguno de los presentes que le acompañara; pero su candidez no quiso arrostrar las zambas i desechó ámbos partidos por mas espueles. Su reloj señalaba las doce i media de la noche, hora en que ni calaveras andaban por las calles. Sin embargo, era preciso marcharse a pesar de sus vivos rercos i de encontrarse desarmado. ¡Terrible error! Levantase de su asiento sin haber sentido tolarla ninguna pistola, i a este tiempo preguntóle el dueño de casa:

—¿Se va Ud.?

—No voi. ¿Tiene Ud. alguna arma que prestarme?

—Pues qué, ¿quién es con miedo a las pistolas que me salieron antenoche?

—Yo no temo nada; con todos, una arma inspira cierta confianza que nunca pierdo. Dices que la prudencia es madre de la seguridad.

—Así debe ser; pero siento que no haya ni un garrote que ofrecer a Ud. Las pocas armas que aquí se encuentran, son las piernas del señor, i ya ve Ud. que no es cosa muy sencilla contárselas. Vamos, no haya miedo; en cinco minutos se pone Ud. en puerta de salvamento.

Durante estas ligeras bromas, el forastero estuvo algo pensativo por algunos ins-

tantos, al cabo de los cuales, como si hubiera tomada una resolucion repentina i valiente, dirijóse a la puerta dando i recibiendo la «buena noche».

III.

—Ya muerto de miedo el abajino, dijo uno de los que quedaban luego que éste saliera, está bien preparado para recibir el chasco. No hai que perder un momento; vengán los ponchos, los boquetes i a lo dicho. Nos divertiremos mañana oyéndole contar la historia.

I diciendo i haciendo se disfrazan, toman sus ponchos i parten de carrera por una calle estraviada. No tardan en llegar a la esquina inmediata al alojamiento del camafada a quien iban a dar un susto tan tremendo. Repártense i se agazapan de manera que a una señal convenida puedan echarse sobre él, quitarle la capa, el reloj, el sombrero; intimarle silencio i escorrirse entre las tinieblas. Ya hacia mas de un cuarto de hora que esperaban en sus mocinolos puestos, i no se oía en las calles otro ruido que el del viento. Nuovamente reunidos entonces, pensaron que el nigro habria hecho volar al abajino; i que viéndose éste por un camino más recto, estaría ya en su casa cuando ellos habían creído adelantarse. Sentian retortirse sin divertirse; pero a este tiempo escuchan pasos precipitados al principio de la cuadra...

—¡Eh! es...! a su puesto cada uno.

I en efecto, era la pobre víctima que se adelantaba hacia ese punto, marchando con celeridad, i requejando poco en los charcos de agua en que se metia por tal de no dejarse cojer desprevenido en alguna emboscada. Traia la capidada sobre el hombro izquierdo i el sombrero bien metido en la cabeza, pero de modo que quedaba enteramente descubierta su ancha frente. Al llegar al sitio fatal, la voz terrible de *palto ahí!* le zombó como una bala en los oídos... tres hombres se le vienen encima... ¡Atrás!... dice el forastero, acompañando este grito con la mas enérgica de las interjecciones españolas, i cubriendo su espalda lo mejor posible, contra la muralla proxima. Los agresores le rodean, le acometen; uno de ellos estira ya el brazo en ademán de asirle por el cuello, cuando el acometido le descarga una pistola a quemarropa, i le arrojó de espaldas sobre uno de sus compañeros que tambien cae por el suelo; pero que muy pronto se levantó. El otro derribado no pudo conseguirlo.

IV.

Dos dias despues el joven forastero compareció res ante el alcalde del lugar.

—Antenoche han muerto a un hombre de un balazo en la esquina de vuestra posada. ¿Es cierto que vos le asesinastis?

—Yo le maté, señor, pensando defenderme de un asesino.

—¿Queréis que trate de atenderos o de hacerlos dafos?

—Ahora no lo creo.

—Algo de algo en vuestra defensa.

—Si señor. Hasta las doce i media de esa noche estubo de tertulia con el finado en su cuarto, i en compañía de los señores M.º i G.º A los tres oi contar varios sucesos recientes que me convencieron de que en este pueblo, a que no ha muchos dias he llegado, no se podía andar tarde de la noche, sin correr el peligro de toparse con ladrones o asesinos. No teniendo conmigo por entonces arma alguna, ni habiendo podido obtenerlas del finado ni de sus amigos, me despedí de ellos con la determinacion de pasar al cuarto del señor B.º, recordarle i pedirle una pistola que por la mañana habia visto sobre su mesa. El me la prestó, proseguí mi camino, i al llegar a casa me acometen tres hombres. La fuga era impracticable: esto espere mi salvacion de hacer fuego sobre ellos i aprovechar su turbacion para entrar en casa. Todos los que en ella viven recordaron a mis gritos, todos vinieron conmigo al sitio donde acobhá de ver caer a un hombre. Solo entonces comencé que esto era el desgraciado amigo de cuya habitacion recién yo salia. Al instante, confiado en mi inocencia, me presente preso en esta cárcel.

El jóven fué absuelto; pero nunca pudo recordar un un profundo sentimiento este suceso fatal.

¡Solabeco.